

iguales los del nacionalismo y los del internacionalismo) se vuelven contra la inteligencia en cuanto se permite zaherir su prejuicio.

Lo cierto es que al surgir este problema del sindicalismo, los hombres de la Liga y de la Mancomunidad se han dejado llevar de la consideración

de que podían quedarse sin partido en caso de no ponerse resueltamente del lado de los patrones, lo cual es, en rigor, una consideración extraña al fin nacionalista de la Liga, en tanto que el señor Ors ha procedido siguiendo el curso de sus preocupaciones normales y habituales. Y no digo, por

más que lo pienso, que el señor Ors ha sufrido el castigo de ser inteligente, pecado que no suele perdonarse en España, porque esa afirmación no podría justificarse en un artículo, ni en dos.

RAMIRO DE MAEZTU

(*La Prensa*. Buenos Aires. Mayo, 1920).

Como debes aprovechar tus propios errores

(*El Norte Americano*. Nueva York. Trad. del Lic. L. J. Roel).

EN camino para mi *restaurant*, cierto día, vi a un cochero conocido mío que había aflojado los arneses a sus caballos, permitiéndoles así comer por un rato, mientras él mismo tomaba algún alimento. Me detuve a hablar con él. Durante nuestra conversación observé que uno de los caballos tenía una llaga en el hombro, una matadura en la parte donde rozaba el collar. Se la enseñé y le dije:

—Es de lamentarse que tenga usted que hacer trabajar este caballo con esa escoriación.

—Sí,—replicó el cochero.—Es de lamentarse; y, sin embargo,—añadió,—no se haría mucho trabajo en el mundo si sólo los caballos y las gentes aptos trabajasen.

Tenía razón. El trabajo del mundo es hecho por los chambones, por los inexpertos, por los que no se sienten bien, por los que no saben hacerlo, por los que, en general, no son aptos. Consecuencia de esto es que lo que tú, lector, y yo, y todo el mundo necesitamos saber, no es tanto el arte de hacer las cosas bien, como el de hacerlas mal. Quiero decir que debemos tener en cuenta los errores y las deficiencias y aprender a hacer las cosas, a pesar de ellos.

El arte de la perfección es bello; el arte de la imperfección es absolutamente esencial si se desea obtener algún resultado.

La mayor parte de los que tenemos que hacer en este mundo debemos hacerlo defectuosamente o no hacerlo. La perfección está muy bien como meta, pero para llegar a ella hay que recorrer el camino de los errores. Necesitamos aprender a no vacilar.

La mano segura, la mente clara, el corazón puro, no vacilan. No hay cosa alguna que hagas en este planeta que no pudieras haber hecho mejor. ¿Qué importa? Lo que tienes que hacer debes hacerlo, aunque no sea del mejor modo posible. Una onza de eficiencia positiva y tangible vale tanto como una libra de perfección en proyecto. Una de las expresiones más tristes a la vez que insensatas es: «Pudo haber sido».

Los caminos del mundo están llenos de las tragedias de la indecisión.

Un ciego, un sordo mudo, podrían cruzar las calles de más tráfico de Nueva York, Londres o París sin sufrir atropello alguno si se mantuviesen en movimiento a paso regular. El que se detiene a reflexionar es el que más a menudo es víctima de accidentes.

Esto no quiere decir que la calma y la reflexión no sean importantes; lo son, pero antes de empezar.

Mas ¿cómo puedo saber que estoy en lo cierto?

No lo puedes saber, porque nunca estás en lo cierto. Todos somos humanos y por consiguiente imperfectos y, estamos equivocados, hasta cierto punto, no la mayor parte de las veces, sino siempre. Y toda la filosofía de la vida que no reconozca ese hecho, y que asuma que podemos ser perfectos, libres de todo error, es mera fatuidad.

La impecabilidad no es para los hijos de Adán y de Eva. Hemos cometido errores toda nuestra vida, los cometemos ahora y los continuaremos cometiendo hasta que seamos sentenciados el Día del Juicio. Y si esto es cierto, si nuestra principal ocupación es la de cometer errores, es claro que

Lo más importante del mundo es aprender a cometer errores, a aprovechar las imperfecciones que seguramente tenemos.

El defecto de la enseñanza, del consejo, de la filosofía y de los libros de texto es que suponen en nosotros un elemento que no existe: a saber, la exactitud.

Es fácil saber el modo de llegar a ser una perfecta esposa, pero, ¿de qué sirve saberlo? Ninguna mujer puede ponerlo en práctica. Cuando hablamos de un sirviente perfecto, usamos una figura de lenguaje, pues tal sirviente jamás ha existido. No ha existido ni existirá jamás un padre, un marido, un obrero, un patrón, un ingeniero, un sacerdote, o aun un diablo perfecto.

Lo que te importa no es, pues, aprender a hacer las cosas bien, sino

aprender a hacerlas, aunque sea defectuosamente.

Necesitamos aprender a ser felices, buenos, eficientes, ricos y prósperos, recorriendo el camino de los errores, y si no aprendemos a tropezar, jamás aprenderemos a llegar a la meta.

Es conveniente que meditemos sobre la filosofía de esto a fin de hallar la base de nuestras conclusiones. Vivimos, se dice, en un mundo de exactitudes cósmicas. La naturaleza nunca procede al tanteo. Nada se pierde; por ejemplo, el movimiento de un martillo se transforma en calor al pegar en el clavo. La tierra y las estrellas, la ola espumosa, el sonido y los colores, todo está gobernado por leyes de exactitud extrema. El poder que ha formado el planeta ha formado la lágrima. Muy cierto; pero la exactitud está en el fondo de las cosas, no en la cima. La perfección es el sostén de todo; pero los hechos realizados no son nunca perfectos. Hay mucha imperfección y desperdicio en la naturaleza. Y si no, ¿por qué brotan diez mil capullos para diez manzanas solamente? ¿Por qué llueve sobre un lago que no necesita de humedad? ¿Por qué el oleaje y la tempestad y la superabundancia del instinto procreador, con sus accesorios de pecado y de tragedia, sólo para que nazca cierto número de niños en el mundo? ¿Por qué no se gradúa aquí la causa a fin de producir exactamente el efecto deseado y nada más? ¿Por qué no toma el cuerpo justamente la cantidad de alimento que necesita, en vez de una cantidad mucho mayor, que debe ser eliminada como desperdicio? La naturaleza nunca ajusta exactamente los medios a los fines.

Todos creemos que «de algún modo el bien será la meta final del mal»; que el designio del creador es que el hombre llegue a ser perfecto; pero, ¿por qué no lo hizo perfecto desde un principio?, ¿para qué esta larga tragedia de pesares, de guerras, de luchas, de reacciones y de reformas?

Lo cierto es que el elemento más asombroso de la naturaleza no es la exactitud matemática, sino su poder de curación, su función recuperadora,